

# Alfonso el combativo

**C**reo que ya he contado alguna vez la anécdota. Fue cosa de veinte años atrás, con motivo de ya no recuerdo bien qué disensiones políticas en grupos juveniles. Para significar que no daba la batalla por perdida, Alfonso dijo algo así: "Otras condiciones no tendré, ¡pero combativo! ..." Naturalmente que se equivocaba de plano en su alusión a ausencia de otras posibles condiciones, pero se conocía muy bien al subrayar su combatividad.

Combativo sin agotarse en su combate. No sé si tenía sus tentaciones de evasión, de escepticismo o de desgana. En cualquier caso combatió ardorosamente toda su vida, como si fuera inextinguible aquel fuego peculiar que le iluminaba de pronto sus ojos azules con fulgor inolvidable. Alfonso Carlos Comín combatió, en definitiva, el buen combate de la fe y de la justicia. Por los caminos y con los modos que la conciencia le dictó, puesto que verdaderamente no tuvo otra guía sustancial: hacía todo lo que hacía en su combate con convicción honda.

Completamente opuesto a la imagen de cierto tipo de católico desentendido de lo que unos decenios atrás eran llamados "problemas temporales", Alfonso trató, como él dijo, "de penetrar dimensiones inexploradas de su propia fe". Con otras razones, eso le llevó a incorporarse a las filas comunistas. Pero no desde luego sin aportar nada y sin que su incorporación dejara de significar cambios en esas filas. ¡No hubiera sido Alfonso si las hubiera dejado en paz! Alfonso traía a la memoria con frecuencia las palabras evangélicas sobre la guerra y la paz, y él traía a menudo la guerra.

Tanto es así que algunas veces, comentando con amigos o conocidos la evolución de los comunistas del PSUC y del PCE ante los cristianos, evolución en la que Alfonso Comín tuvo peso decisivo, observé que a mi parecer los comunistas ateos debían de haber cedido en buena parte porque habían pensado que era más sencillo ceder, y no en puntos nimios para ellos, ante lo que defendía Alfonso, que continuar oponiéndose y conseguir que Alfonso Comín abandonara sus propósitos. Era un comentario humorístico mío, pero sólo parcialmente humorístico ante aquella especie de fuerza de la naturaleza en el combate.

"Penetrar dimensiones inexploradas de su propia fe", decía de sí mismo Alfonso en el hermoso postscriptum de su *Fe en la Tierra*. Pero en este mismo postscriptum descubría con hondura y emoción los ríos profundos que le unían a la madre difunta cuyo cadáver contemplaba. Los ríos profundos que le unían a un cristianismo que sería difícil adjetivar. Algo tradicional había también en el cristianismo de Alfonso, y no empleo ahora este adjetivo de modo peyorativo.

Y, puesto que algo tradicional trae asimismo a la memoria este hombre que también fue considerado por



En los años cincuenta

tantos, y con razón, cristiano de vanguardia, le veo ahora como un guerrero muerto todavía joven. Vencedor en su combate pacífico, pero sabiendo también que el combate no se acaba y que nos desborda.

Como a él le desbordaba la vida. Como nos desborda, cual un don, cual una gracia, la memoria de haber tratado a Alfonso en una amistad larga. Le recuerdo ahora apareciendo, jovencito, en las reuniones de *El Ciervo*, con el pelo negro corto, sus ojos inconfundibles en el rostro flaco y su actitud nerviosa como si la vida le llevara al borde del asiento, anhelante, y le quemara. Y ahora difunto después de enfermedad devastadora. Cualquiera hubiera podido aventurar de aquel jovencito que cumpliría grandes cosas. Y las cumplió.

Espero que algún día los obispos —a los que tampoco dejó en paz— lo propondrán públicamente como modelo de católico inmerso en los combates políticos. Será también algo tradicional. Y muy acertado.

JUAN GOMIS